

y se molian los huesos de los muertos para hacer pan, bien que mataba en vez de alimentar al que lo comía. Treinta mil personas murieron de hambre, y muchas mas se arrastraban medio muertas entre los cadáveres de las que caían desfallecidas. El legado pontificio y el embajador de España socorrian diariamente á los mas necesitados, no faltando quien atribuyera la liberalidad del español á deseo de prolongar la guerra hasta que su rey se hiciera el soberano de Francia.

Procuraban los clérigos entretener el hambre del pueblo con ceremonias y procesiones religiosas, que á fuerza de ser exageradas degeneraban en ridículas. En una procesion, despues de marchar varios curas vestidos de la manera mas caprichosa, seguidos de multitud de frailes de todas las órdenes, iban seis capuchinos que llevaban en la cabeza un morrion con una pluma de gallo, cota de malla y espada encima del hábito, y además el uno una lanza, el otro una cruz, el otro un venablo, un arcabuz el otro, y el otro una ballesta, todo mohoso para aparentar mas humildad; y el último llevaba tambien su breviario colgado á la espalda. Los demás eclesiásticos, los magistrados, los gremios, las damas, iban con trajes no menos extravagantes, como si la verdadera devocion tuviera necesidad de demostrarse con exterioridades que daban ocasion de critica y burla á los enemigos del catolicismo (1).

Durante el sitio habia muerto el anciano cardenal de Bourbon, el rey nombrado por los católicos con el titulo de Carlos X, que se hallaba prisionero en poder de Enrique IV, y los coligados juraron solemnemente defender la capital hasta morir, y no admitir ni reconocer en ella rey que no fuese católico.

Cuando Paris estaba sufriendo todas las miserias y desventuras que pueden imaginarse en un asedio, y cuando reducidos á tal extremidad los católicos parecia no haber remedio para ellos ni para la gran ciudad, marchaba á redimirlos por mandato del rey de España el gobernador y capitán general de los Países Bajos Alejandro Farnesio con los viejos y victoriosos tercios de Flandes. De mala gana hacia el duque de Parma esta expedicion, porque conocia, y así se lo habia representado al rey su tío, que abandonar las provincias flamencas, á precio de tantos sacrificios, de tanta sangre y de tan costosos triunfos reducidas, faltándole ya solamente subyugar la Holanda y Zelanda; dejar aquellos países que representaban sus glorias de muchos años, para ir á componer discordias ajenas en otros reinos; consumir los tesoros de España y sacar sus tercios de Flandes en ocasion que los rebeldes de las provincias acababan de recibir socorros de Inglaterra, era exponerse á perder unos dominios que milagrosamente habian podido irse recobrando para ir á arriesgar sus fuerzas y su persona en un reino belicoso y contra un príncipe aguerrido y audaz; en una palabra, era perder la Flandes sin posibilidad de adquirir la Francia. En el propio sentido habló enérgicamente á Felipe II su secretario íntimo don Juan de Idiaquez; pero Felipe habia tomado su resolucion, y mandó á Alejandro que entrara en Francia. Obedeció el Farnesio, no sin vacilar todavía, pero obedeció; y al pisar el suelo francés, despues de encomendar á Mansfeld el gobierno de Flandes, juró solemnemente sobre un altar que el rey de España no llevaba en aquel auxilio otra intencion ni se proponia otro pensamiento que amparar á los católicos franceses y desterrar de aquel reino la herejía (2). Luego veremos si era del todo exacto lo que sin duda de buena fe juraba el de Parma.

Reunido con Alejandro el duque de Mayenne que habia salido á recibirle en Condé, marcharon los dos la via de Paris. Las esperanzas de los sitiados, las de todos los católicos franceses se habian fijado en el valeroso príncipe de Parma, cuyo denuedo y cuyas victorias eran pregonadas ya por todo el mundo, y no se equivocaron. Enrique IV, á pesar de sus reconocidas dotes bélicas, no creyó prudente esperarle, y alzó el cerco con que oprimía á Paris (30 de agosto, 1590); los sitiados celebraron con indecible y loca alegría en las calles y templos

(1) Chateaubriand en sus Estudios Históricas, tom. III, trae una descripcion mas extensa de esta ceremonia, tomada de la Sátira Menipea.
(2) Estrada, Guerras de Flandes, Déc. III.

los socorros y la libertad que habian recibido. Al ver frente á frente dos tan insignes capitanes como el de Bearne y el de Parma, ambos de sangre real, superiores ambos á todos los de su época, ambos venerados y queridos de sus soldados, por su paciencia en los trabajos, por su carácter amable y generoso, todo el mundo creia que se iba á empeñar inmediatamente una gran batalla. Provocábala en efecto el de Bearne, pero rehuía la diestramente el de Parma: el primero hacia alarde de valor, el segundo hacia vanidad de su prudencia; Enrique y Alejandro representaban el Marcelo y el Fabio de la antigua Roma. Fingiendo el Farnesio prepararse para una batalla campal, engaña al de Bearne con una ingeniosa evolucion, y haciendo desaparecer como por encanto sus escuadrones del campo á que se les esperaba ver bajar, se dirige á sitiar á Ligny, y combate y toma la plaza á la vista del enemigo. Expugna despues y toma por asalto á Corbeil. Entra luego triunfante en Paris; consuela á tantas princesas como allí habian sufrido los horrores del cerco; le provee de vituallas; deja de guarnicion hasta cuatro mil hombres entre españoles, napolitanos y walones; vuelve á su campo de Corbeil, emprende á pequeñas jornadas su regreso á los Países Bajos, y llega á Bruselas (4 de diciembre, 1590), contento con el resultado de su expedicion, pero con su salud harto quebrantada (3).

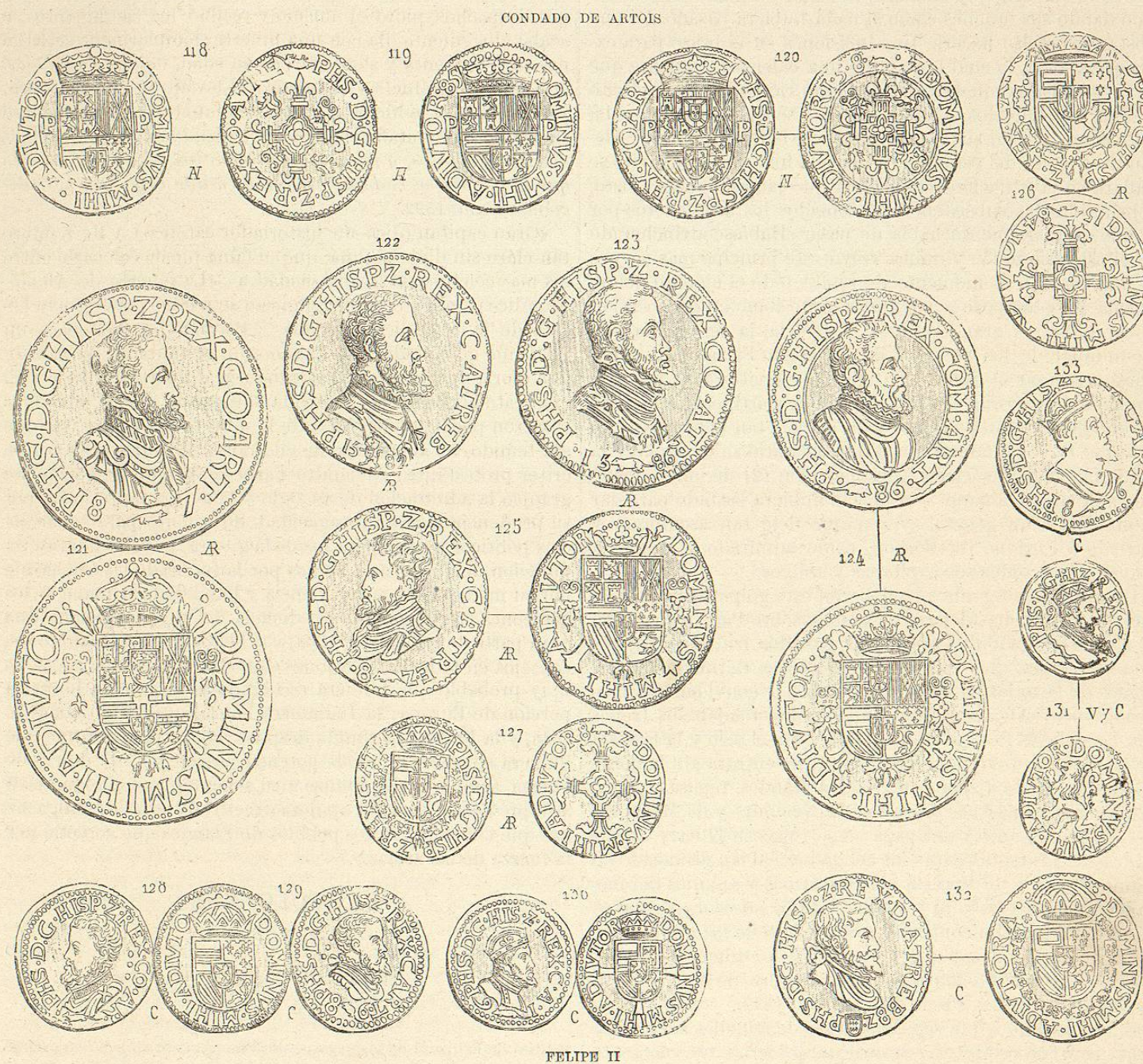
Halló Alejandro á su vuelta á Flandes lo mismo que habia pronosticado. Mientras los combates y las enfermedades habian diezmando el ejército libertador de Paris, parte del que dejó en los Países Bajos se habia amotinado por la falta de pagas; algunas guarniciones habian cometido tales excesos que fueron expulsadas de las plazas por los mismos burgueses. El príncipe Mauricio no habia dejado de aprovecharse de estos desórdenes y de la ausencia del de Parma, y si bien no hizo grandes conquistas, apoderóse con los auxilios de Inglaterra de algunas ciudades, y por lo menos se habian interrumpido los progresos de las armas españolas. Obligado á su vuelta Alejandro á atender á las fronteras de Francia, y disminuidos con esto los presidios de algunos puntos importantes de Flandes, el coronel inglés Norris se apoderó de un fuerte situado entre Ostende y la Esclusa, y otras dos fortalezas de Brabante cayeron por sorpresa en poder de los enemigos. El príncipe Mauricio de Nassau, que aunque corto en años descubria no menos talento político y mas astucia militar que su padre el de Orange, arrancó de las manos de los españoles las plazas de Zutphen y de Deventer (1591).

No eran estos solos los disgustos que mortificaban al de Parma. Sentia las sediciones de los soldados; y el deber militar le obligaba á castigarlos y reprimirlos, conociendo que tenian sobrados motivos de descontento y de queja; porque á sus necesidades y reclamaciones no se contestaba de España sino con bellas promesas, buenas palabras y halagos engañosos. No era extraño: no habia oro que bastara á costear tales y tantas empresas. Por otra parte, tuvo Alejandro que justificarse otra vez con el rey de las nuevas calumnias con que envidiosos é intrigantes cortesanos intentaban desacreditarle, suponiendo que no sin intencion habia estado flojo y tardo en el socorro de la Liga. Y era que el de Parma, como hombre prudente y de grande entendimiento, habia dicho al rey: «no conviene desamparar á Flandes por meterse en las contiendas de Francia.» Era que conocia, y decíasele así á su tío, que los franceses deseaban mucho la proteccion de España, y mas su dinero, pero que ni admitirian un rey español ni le cederian un palmo del territorio francés. Por eso habia tenido buen cuidado de protestar que entraba solo como auxiliar de la Liga y como defensor de la fe católica. Aunque eran otros, como luego veremos, los pensamientos y designios de Felipe II, contestó sin embargo muy satisfactoriamente al de Parma, diciéndole entre otras cosas que él era su mas firme apoyo, y que «*Philipo*, fatigado en su vejez con los cuidados de dos mundos, descansaba en la firmeza varonil de *Alejandro*.»

(3) Dávila, Guerras civiles de Francia.—Memorias de la Liga.—Estrada, De lo que hizo en Francia Alejandro Farnesio, lib. II.—Coloma, Guerras de Flandes, lib. III.—Bentivoglio, Guerras, lib. V.

A pesar de todo, el de Parma con la gente que pudo reunir se presentó delante de Nimega, apurada por el príncipe Mauricio. Allí se vió agradablemente sorprendido por su hijo Ranucio, que desde Parma, bien que sin licencia de su padre, habia ido impulsado del deseo de ejercitarse en las armas y ganar gloria militar al lado y en la escuela de tan gran maestro. Ocupó, pues, el bello y jóven príncipe de Parma un puesto de soldado entre las primeras filas de los piqueros españoles. Ocupadísimo se hallaba Alejandro en las operaciones de Nimega, y sobremanera afectado con la pérdida de cabos tan ilustres como el maestre de campo Padilla, el conde Octavio

Mansfeld y otros valerosos capitanes (julio, 1591), cuando llegó de España Alonso de Idiaquez con carta del rey, en que le mandaba volviese otra vez á Francia todos los cuidados de la guerra. Con muchas instancias le pedian tambien nuevamente los jefes de la Liga católica sus auxilios. Porque desde su salida de Francia el príncipe de Bearne, Enrique IV, por una parte ayudado de los protestantes de Alemania y de la reina de Inglaterra, por otra atrayendo á sus banderas muchos franceses con su valor, con su gran capacidad, con su moderacion y su generoso comportamiento, habia adquirido tal preponderancia, que no osaba presentarse delante de él el



ejército de la Liga, y tenia sitiada á Ruan, cuya pérdida seria un golpe funesto para los católicos.

Sobre no ser nunca del agrado del de Farnesio la guerra de Francia, por el ningun provecho que para España esperaba de ella, y si gran detrimento y daño para lo de Flandes, embarazábale la falta absoluta de dinero, pues como dice un historiador coetáneo, Flandes y Francia eran dos bocas y sumideros que se sorbian los ricos tesoros de las dos Indias; y por la misma falta se notaban principios de motin en varias coronelías y tercios. De sus propias rentas reclutó Alejandro tropas en Italia para reforzar los disminuidos tercios italianos que militaban en Francia. Detúvose tambien á causa de los tratos de paz que por mediacion del emperador de Alemania se habian entablado entre España y las provincias flamencas; pero rechazadas por los rebeldes flamencos las condiciones que á nombre del César se les proponian, hizo Alejandro su segunda entrada en Francia (diciembre, 1591), con no menor

júbilo de los coligados que en la primera. Si entonces el de Parma tuvo la gloria de ser el libertador de Paris, ahora ganó la de ser el libertador de Ruan (enero, 1592), reducida ya á tanto extremo como aquella. Ahora como entonces esquivó Alejandro hábilmente la batalla en que Enrique le queria empeñar. Llevado de su ardor belicoso Enrique IV, se arrojó con solos algunos escuadrones sobre una parte del ejército del de Parma al tiempo que desfilaba cerca de Aumale, con un valor mas propio de capitán que de rey. Pero cargado impetuosamente por los de Alejandro, tuvo que retirarse herido, faltando poco para caer muerto ó prisionero. Señor, le dijo con este motivo Duplessis-Mornay, *harto tiempo habeis hecho el Alejandro; hora es ya de que seáis el Augusto, y de que vivais y os conserveis para la Francia*. Enrique reconoció haberse dejado arrebatar de un ardor irreflexivo, y llamó siempre aquel suceso *el error de Aumale*. Preguntando el duque de Mayenne á Alejandro Farnesio por qué habia ma-

logrado la mejor ocasion de hacer prisionero á Enrique de Borbon, *Porque yo creia*, le contestó, *que peleando con el rey de Navarra, peleaba con un gran general, y no con un capitán de caballería: nada tengo de qué reprenderme*. Eran en verdad dos hombres grandes Enrique IV y Alejandro Farnesio (1).

Alzado por Enrique el sitio de Ruan, sitio célebre por la defensa heroica de la guarnicion y del comandante Villars (abril, 1592), entró en ella triunfante el duque de Parma. Desde allí, á instancias de Mayenne y los de la Liga, pasó á cercar á Caudebec, donde fué herido de bala en un brazo, sin que por eso se demudara su semblante ni se alterara su voz, y continuó dando sus órdenes como si nada hubiera pasado. Fué no obstante preciso hacerle tres incisiones en el brazo para extraerle la bala, lo cual le produjo una calentura violenta que le tuvo en cama muchos dias, con gran riesgo para su ejército y el de los coligados. Al fin capituló y se rindió Caudebec. La detencion que en sus cercanías se vió obligado á hacer Alejandro á causa del estado de su herida hizo que su ejército se hallara en la situacion mas crítica que jamás se habia visto, consumidas las subsistencias y tomados los desfiladeros por donde necesariamente habia de pasar. Habíase atrincherado en ellos Enrique IV, y nunca creyó este príncipe mas seguro ni mas cercano el momento de rendir todo el ejército del de Parma, pero tampoco se vió nunca tanto como en esta ocasion la serenidad, el grande ánimo, la astucia, la resolucion y la fecundidad de los recursos de Alejandro Farnesio. Decidió, pues, atravesar el Sena con todo su ejército; y el paso de aquel anchuroso rio, con tantos bagajes y artillería, á la vista de un enemigo tan poderoso y de un jefe tan vigilante como Enrique IV, y la industria con que encubrió su designio, y la habilidad con que ejecutó la operacion (21 de mayo, 1592), fué una maniobra que por sí sola hubiera bastado para dar reputacion á un general, y con que dejó tan asombrado y burlado á Enrique de Borbon, como admirado y atónito á Mayenne y á todos sus capitanes y amigos.

Puesta toda su gente en salvo con este golpe admirable de estrategia, marcha Alejandro Farnesio sobre Paris, y llega con su ejército cargado de las riquezas, ganados, frutos y manjares de todo género que va recogiendo de las tierras enemigas. Llenos de gozo los ciudadanos de Paris, le convidan con hospedaje, pero Alejandro, temiendo que se relajen sus tropas con las delicias de una gran ciudad, y con el ocio y la lascivia de la corte, no tuvo por conveniente que entrara allí la gente de guerra. Antes dispone su vuelta á Flandes, repasa el Sena, visitante en Guisa las princesas de Nemours y de Montpensier, da un descanso y una paga á sus tropas en Thierry, recibe nuevas de los triunfos que los coligados habian alcanzado en algunos puntos de Francia con las armas y auxilios del monarca español, escribe al rey que le envíe sucesor, porque su salud no le permite continuar con el cargo de las armas y del gobierno de Flandes, y que los médicos le ordenan como indispensable que vuelva á tomar las aguas de Spa, y da la vuelta otra vez á los Países Bajos (julio, 1592).

El rey accedió á que repitiera el uso de aquellas saludables aguas, mas con respecto á relevarle del gobierno, no solamente le denegó su solicitud, mirándole como el solo capaz de llevar á feliz remate sus proyectos, sino que le rogaba, y si era menester le mandaba que fuera preparándose para hacer la tercera jornada á Francia, porque quería que asistiera al parlamento que habian convocado los coligados para la eleccion de rey, y que con sus armas y su prudencia diera peso y autoridad al partido español y á la persona que Felipe intentaba sentar en aquel trono. Alejandro, achacoso, hidrópico y herido, no quiso dejar de obedecer á su soberano, y se dispuso á consagrarle las pocas fuerzas corporales que ya le quedaban. Pero no recibia de España socorros de hombres ni de dinero. La desastrosa expedicion á Inglaterra, los grandes gastos que estaba haciendo en Francia y los recientes sucesos de Aragon de que daremos cuenta despues, lo tenian consumido y apu-

(1) L'Etoile, Journal de Henri IV.—Capefigue, Hist. de la Reforma y de la Liga.—Dávila, Guerras civiles de Francia.—Estrada, De lo que hizo en Francia Alejandro Farnese, lib. III.—Coloma, Bentivoglio, etc.

rado todo; y para mayor desventura, los ingleses habian apresado uno de los grandes galeones que venian de la India con cargamento de barras de oro. Suplió esta falta Alejandro negociando por su cuenta con los asentistas de Amberes 300,000 ducados, con cuyos auxilios envió delante á Francia algunas coronelías de tudescos, y él se trasladó á Arras (octubre) para dar calor y orden á la empresa.

Pero si el ánimo del duque se conservaba al parecer vigoroso y fuerte, decaian visiblemente las fuerzas de su cuerpo, agravándole la enfermedad la misma actividad con que se dedicaba al trabajo. Ultimamente el 2 de diciembre (1592), sintiendo aproximarse su última hora, hizo su testamento, firmó algunos despachos, pidió él mismo y recibió los sacramentos, y acabó al siguiente dia con una muerte ejemplarmente cristiana, á los cuarenta y siete años de su edad, dejando á su ejército sumido en duelo y en tristeza. Llevado su cuerpo á Bruselas, donde se le hicieron suntuosos funerales, se puso sobre su sepulcro el epitafio siguiente: *Alejandro Farnesio, vencidos los flamencos, y librados del cerco los franceses, mandó que se pudiese su cadáver en este humilde lugar, á 2 de diciembre, año 1592.*

«Gran capitán (dice un historiador católico), y de nombre tan claro sin duda alguna, que su fama puede colocarle entre los mas célebres de la antigüedad.»—«La muerte de Alejandro (dice otro historiador religioso) se recibió como grave herida de la república cristiana.... Perdian los flamencos un justísimo gobernador, los italianos un restaurador de la antigua gloria de sus armas, los franceses al libertador de la religion católica dos veces reducida al extremo. Ni los enemigos tuvieron por lícito alegrarse de la muerte del duque, porque era temido, no aborrecido de ellos.»—«Así murió (dice un escritor protestante) Alejandro Farnesio, duque de Parma. Se granjeó la admiracion de su siglo y la de los posteriores, por su prudencia y su gran sagacidad. Su talento para los negocios políticos, y mas para los de la guerra, le valió la gran reputacion de que goza.... Menos por la fuerza de las armas que por su moderacion, su prudencia y habilidad en manejar los corazones, restituyó á la obediencia del rey de España una gran parte de los Países Bajos; y si Felipe hubiera seguido sus consejos en todas las ocasiones como los siguió en algunas, es muy probable que hubiera recobrado toda aquella hermosa porción de Europa; la Inglaterra habria quizá sido conquistada, y la Francia oprimida despues bajo el peso enorme que hubiera entonces tenido la potencia española.... El duque de Parma, siempre fiel y sumiso á su soberano, cumplió tambien siempre con la mas esmerpulosa exactitud todas las obligaciones que contrajo con los pueblos de Flandes que sometió por la fuerza de las armas.»

CAPÍTULO XXI

FRANCIA

Enrique IV y Felipe II

DE 1593 Á 1598

Política de Felipe II en los negocios de Francia.—Su empeño en excluir de aquel trono á Enrique de Borbon.—Conducta del papa Sixto V hostil al rey de España.—Firmeza de Felipe II con el pontífice.—Fuerzas contestaciones.—Dureza con que trataban al papa los embajadores españoles.—Peligro de rompimiento con Roma.—Muerte de Sixto V.—Los papas que le suceden favorecen al rey de España.—Importante y curiosa instruccion de Felipe II sobre el negocio de sucesion á la corona de Francia.—Descúbrense en ella todos sus planes y manejos políticos.—Pretendientes á aquella corona.—Partidos en Francia.—Situacion singular de Enrique IV.—Cómo se fueron frustrando los planes de Felipe.—Asamblea de los estados generales en Paris.—Deséchase las pretensiones de España.—Abjura Enrique IV la herejía y se convierte al catolicismo.—Robustécese su partido.—Entra en Paris.—Guerra entre Felipe II y Enrique IV.—Hechos de armas.—Gastos enormes de una y otra parte.—Cansancio y casi imposibilidad de continuar la guerra.—Mediadores para la paz.—Paz de Vervins.

Indicamos en el anterior capítulo que Felipe II habia intervenido sin alzar mano en los asuntos, guerras y turbaciones de Francia, no solo como protector general del catolicismo sino tambien con miras y pensamientos ulteriores, no solo

con las armas sino tambien con los manejos de la política. Hemos visto hasta qué punto ayudó á los católicos de la Liga con su dinero y sus ejércitos hasta la muerte del egregio duque de Parma Alejandro Farnesio. Vamos á ver cómo empleó sus recursos políticos en pró de sus intereses en la gran cuestion de sucesion al trono de Francia, uniendo siempre el mejor servicio de Dios al engrandecimiento de su casa y de sus reinos.

El grande empeño de Felipe II en que quedara excluido de la corona de Francia Enrique de Borbon, por su cualidad de calvinista y jefe de los hugonotes, no obstante ser el mas inmediato y legítimo heredero de aquel trono, produjo hartos serias y aun ágras contestaciones entre el monarca español y la Santa Sede, en que se ve la firme actitud que guardaba siempre Felipe II con la corte de Roma, y la conducta enérgica, y hasta dura de los embajadores españoles de aquel tiempo en la ciudad santa.

Temeroso, y no sin fundamento, Felipe, de que el papa Sixto V que habia excomulgado por hereje al príncipe de Bearne, y á quien este habia llamado públicamente enemigo de Dios, tirano y verdugo de la Iglesia, blandeara y se mostraba inclinado á absolverle y reconocerle por rey, le decia á su embajador en Roma duque de Olivares: «En conociendo que el papa blandea y antes que se empeñe, hareis los mas vivos y mas apretados oficios que pudiédes, no solo con Su Santidad, mas tambien con la congregacion de cardenales que votó que por ninguna submisión que haga (el de Borbon) debe ser admitido... Y protestareis al papa todos los males y daños que dello se seguirian á la Iglesia universal y á esa Santa Sede, pues no seria menos que quitar por mano del que en ella preside de la obediencia apostólica un reino como el de Francia, asentándole que mire lo que esto sonaria en los oídos de todos los verdaderos católicos, y los remedios que cuanto mas se precisasen de serlo les obligaria á buscar, y por aquí otras palabras preñadas que le pongan en cuidado.... y que podrian tirar á concilio, y le adviertan y aconsejen que no apriete las cosas de manera que escandalice, y ofenda los hijos propios y seguros, y los pierda cuanto á su persona, por andar temporizando con quien en escritos impresos ha llamado al papa *Anticristo* y á esa Santa Sede *Babilonia*, como á todos es notorio... (1).»

En su virtud los embajadores de España en Roma, duque de Sessa y conde de Olivares, informaban al rey (31 de julio, 1590) de la mala disposicion del pontífice Sixto hácia Su Majestad y del ningún favor que prestaba á los católicos de Francia, obrando con el de Bearne tan al revés de como S. M. y el interés de la Iglesia católica pedian, que su conducta exigía se tomara un pronto y eficaz remedio. «Dos caminos solos, decian atrevidamente aquellos embajadores, paresce que puede haber para trocar la voluntad de Su Beatitud y reducirle á la amistad de V. M., y que haga lo que es obligado. El uno es ponerle miedo, y el otro es satisfacer á su codicia y á la de sus sobrinos.» Para lo primero proponian al rey escribiese una carta á Su Santidad y otra al colegio de cardenales, diciéndoles mandaba salir de Roma á sus embajadores por las causas que ellos expresarian acerca del mal proceder del papa. «Esta demostracion, añadian, de mandar V. M. salir su embajador se hizo en tiempo de Pio IV cuando lo de la precesencia, y así no será cosa nueva, y es de las que suelen sentir mucho los papas, y este lo sentirá mas que otro... y generalmente lo ha de sentir mucho toda esta corte, que se sustenta con las expediciones de los reinos de V. M.... y viendo que la cosa va de veras el papa y sus parientes han de temer, y por ventura volverá sobre sí á V. M. la satisfaccion que es justo en las cosas públicas y particulares suyas y de sus sobrinos. Este remedio de la salida, cuando todavia se endureciese S. S., no cierra la puerta á otros mayores si pareciesen necesarios, y da tiempo á V. M. para considerarlos y al papa para enmendarse, de cuya condicion afirman los que le conocen, que en el grado que es temerario y arrojado cuando vee que se le tiene respeto, es tímido cuando de veras se le hace res-

tro.» Y pasando á tratar de otro camino, le proponian tambien los remedios que creian convenientes, y que ellos dejaban ya preparados.

Sixto V, en vez de conducirse en la cuestion de Francia como el monarca español y los católicos franceses tenian derecho á esperar del jefe de la Iglesia, continuaba negociando con el de Bearne siendo hereje, y envió á tratar con él como legado al cardenal Serafino, con cuyo motivo los embajadores de España avisaban á Felipe II de una audiencia que habian tenido con el papa (6 y 7 de agosto, 1590), de las fuertes quejas que en ella le dieron y de las acaloradas pláticas que entre ellos habian pasado. «Que considerase, le dijeron entre otras cosas, lo que podria juzgar todo el mundo de esta embajada (la de Serafino), y la razon que V. M. tendria de sentirlo y recibirlo por grande agravio, pues habiéndose S. S. ofrecido de favorecer con sus armas la causa católica, y de procurar fuese rey el que V. M. quisiese y no otro, en lugar de mandar levantar la gente acordaba agora de enviar embajada á su enemigo de V. M.; sabiendo que la principal causa por que le tenia V. M. por tal, era por ser hereje relapso y declarado por incapaz de aquella corona por S. S. mismo, sin dejar de decir á este propósito todo lo que nos ocurrió conveniente, concluyendo que perseverando S. S. en esta intencion, nos seria necesario despachar á V. M. luego desengañándole de lo en que habian venido á parar todas las pláticas, y lo poco que podia esperar de S. S.»

Por justo respeto á la Silla apostólica, de que somos y hemos sido siempre veneradores, omitimos las palabras mas duras y la acre y atrevida censura que los embajadores de Felipe II se permiten hacer del pontífice y de la corte romana, así en estas comunicaciones á S. M., que son muy extensas, como en la que despues (19 de agosto) dirigió el duque de Sessa al secretario y confidente del rey don Juan de Idiaguez sobre los mismos asuntos, las cuales comprueban cumplidamente lo que ya en nuestro Discurso preliminar dijimos hablando de Felipe II, á saber: que *si el papa se oponia á sus planes políticos, le trataba con dureza, y se gozaba de los atrevimientos que con el jefe de la Iglesia se tomaban sus embajadores* (2).» Solo copiaremos de la última los párrafos siguientes que hacen mas á nuestro propósito. «Será necesario, decia, que S. M. tome con brevedad alguna resolucion, si no quiere que el mucho respeto que hasta aqui se ha tenido en esta corte á su potencia y grandeza venga á convertirse en otro tanto desprecio; y créame V. S. que le digo la verdad llanamente, que esto está ya muy cerca, y que por otra parte cualquiera demostracion que comenzasen á ver en que les paresciese que la paciencia de S. M. se ha acabado, y que quiere volver por sí de veras, les ha de hacer temblar, y bien ven que aunque el príncipe de Bearne prevaleciese en Francia, ha de pasar mucho tiempo antes que se apodere de ella, de suerte que no tenga hartos en que entender dentro de su propia casa.... Y presuponga V. S. que no faltan por acá hombres doctos y temerosos de Dios que se dejan entender de que S. S. tiene muchas causas por que recelarse de un concilio, y entre dientes se dice no sé qué de una cédula que dió al cardenal de Este antes de su eleccion... Y no he apuntado esto, porque imagino que aunque son grandes nuestros pecados haya de permitir Dios que se llegue á semejante término, sino para acordar á V. S. que quien tiene la cola de paja no es mucho que tema el fuego, si ve que comienza á encenderse, y que quizá el recelo y miedo en los principios bastará á poner remedio á lo que si se deja mucho envejecer no aprovecharán mas fuertes medicinas... etc. (3).»

No llegó el caso del rompimiento que amenazaba por parte del monarca español con Roma, porque estando en estas contestaciones sobrevino la muerte del pontífice Sixto V (27 de agosto, 1590). Libre ya de este embarazo Felipe II, y aprovechando la buena disposicion que en favor de los proyectos del rey mostró en su brevísimo pontificado Urbano VIII, se resolvió á indicar y entablar los planes que tenia relativamente al trono de Francia. Cuáles fuesen estos, y de qué manera se

(1) De Madrid á 14 de enero de 1590.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 951.

(2) Discurso prelim. tom. I, pág. XXV.

(3) Archivo de Simancas, Est. leg. 255.